
This is the **published version** of the bachelor thesis:

Llopis Descals, Ester; Amores, Montserrat, dir.; Torras, Meri, dir. Dos estrategias feministas. Maria Lejárraga y Virginia Woolf. 2016. 25 pag. (836 Grau en Estudis d'Anglès i Espanyol)

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/166557>

under the terms of the  license

Dos estrategias feministas: María Lejárraga y Virginia Woolf

Ester Llopis Descals

Trabajo Final de Grado
Estudios combinados inglés y español UAB
Curso 2015/16

Bajo la dirección de la Dra. Montserrat Amores y la Dra. Meri Torras

Para ser feminista, es decir, partidaria de que la mujer debe pasar su vida lo más feliz posible, haciendo la mayor suma de bien posible, siendo lo más útil posible a la Humanidad, gozando con tan perfecta naturalidad como el hombre la plenitud de sus derechos de ser humano, basta haber nacido «ser humano».

María de la O Lejárraga,
Cartas a las mujeres de España

What is a woman? I assure you, I do not know. I do not believe that you know. I do not believe that anybody can know until she has expressed herself in all the arts and professions open to human skill.

Virginia Woolf, *A Room of One's Own*

La necesidad de un cambio por la igualdad social se puede afrontar de diversos modos: uno puede ser el llamamiento a abandonar el inmovilismo; otro, la ironía y el cuestionamiento del origen de las injusticias. Si el cambio en cuestión atañe a las definiciones de género y la asignación de roles en la cultura, ambas estrategias son igualmente útiles y necesarias. Por un lado es indiscutible la validez de una voz que llame a la acción de manera directa y exija la reivindicación a partir de argumentos que evidencien esta situación desigual. Por otro lado, las razones por las que este cambio es necesario pueden presentarse a través de estrategias más sugestivas y por tanto, de distinto alcance. Estos diferentes modos de abordar el feminismo son los que van a servir a María Lejárraga y Virginia Woolf a principios del siglo pasado para concienciar y mover a toda una generación que abogó por el cambio que hoy en día nos sigue ocupando. A continuación se demostrará cómo en un momento histórico en que el feminismo todavía empezaba a emerger, estas dos autoras – que serán ampliamente tratadas más adelante en este estudio– dieron voz al movimiento mediante distintos procedimientos igualmente originales y efectivos a través de conferencias y textos divulgativos que consiguieron despertar la conciencia de todo un colectivo mediante discursos que parten de nociones tan generales como la cotidianeidad, la maternidad y la educación.

Las primeras voces del feminismo europeo empiezan a surgir a finales del XIX, en un ambiente de conflictos y pugnas sociales. Las tempranas reivindicaciones feministas en el ámbito social se pueden interpretar de manera paralela a la entonces naciente figura literaria de la *New Woman*, que poco a poco deja de ser un ente puramente ideal y literario para tomar voz en la vida real. La *New Woman* apareció por primera vez en Estados Unidos por parte de Sarah Grand, y autores de novela como Henry James que presentaban de manera sutil a la vez que transgresora este nuevo paradigma de mujer que se iría adoptando en Occidente. La influencia de este cambio se mide no solo en el arte, con la proliferante creación de obras alrededor de este nuevo estereotipo, sino también a nivel sociocultural, inspirando el cambio de carácter feminista que sacó a las mujeres de la esfera que las había confinado hasta el momento: el hogar.

La aparición de la *New Woman* en la literatura supuso el progresivo anquilosamiento y sustitución del modelo del *Angel in the House*. Así, las novelas empezaron a ser

protagonizadas por mujeres que consolidaron la imagen de individuos transgresores que en la vida real animaron a muchas a traspasar el espacio de aquello exclusivamente masculino. Las nociones sobre sexualidad y género así como los roles de feminidad y masculinidad empezaron a ser cuestionados tanto en lo privado como en lo público, con la incorporación de las mujeres en política y la reivindicación de los derechos de ciudadanía.

Donde más fuerza toma este proceso sociopolítico es, en primera instancia, en el mundo anglosajón, potencias que actuaron como precursoras de un cambio que abogaba por la igualdad a nivel laboral, marital y económico. Tanto en Estados Unidos, por el carácter modernizador de una nación que se consolida como libre, como en Gran Bretaña, por los colectivos preocupados por asuntos sociales y políticos, las corrientes feministas formaron parte de los discursos a favor del cambio y progreso que a mediados de siglo se ocuparían del derecho al voto de la mujer.

Cambio y progreso sociopolítico que venían gestándose, en el primer tercio del siglo XX, por el ambiente tornadizo de las naciones europeas que estaban inmersas en procesos políticos que rápidamente se convirtieron en el caldo de cultivo de la segunda guerra mundial. Al ser un periodo de entreguerras, por un lado existe el pesimismo tras la gran tragedia que supusieron los enfrentamientos bélicos pero, por otro lado empieza a surgir un aparente positivismo, cargado con la esperanza de realización de sueños de libertad y hermandad. No obstante, estos años se vivieron de manera singular en el Reino Unido y España en lo que atañe a las renovaciones sociales.

El Reino Unido se caracterizó por una caída económica sin precedentes que empeoraría con la Gran Depresión del 1929. A nivel social, sin embargo, se fueron aplicando reformas progresivas destinadas a la creación de un estado más igualitario. Fueron tiempos convulsos para la sociedad anglosajona que no dejó de protestar y luchar por favorecer el grueso de la ciudadanía. Más compleja fue la situación de España en este periodo ya que vivió el paso de la dictadura de Primo de Rivera, su caída y con ella la de la monarquía y el consecuente camino hacia la segunda República. Evidentemente estos procesos de cambio supusieron confrontaciones sociales, principalmente y como respuesta al tiempo de dictadura, surgieron los primeros movimientos sindicalistas y comunistas que trabajaron por una legislación más justa y menos opresora teniendo en cuenta en la medida de lo posible las

cuestiones de género. Es en medio de este ambiente conflictivo que surgen y toman fuerza las primeras voces feministas. Mientras que en Inglaterra el feminismo se abre camino a pasos agigantados, consiguiendo el voto de la mujer en 1918, en España, debido a las particulares circunstancias históricas, el proceso fue más lento, culminando con el sufragio universal entrado ya el año 1931; evidencia clara de cómo el movimiento feminista avanza de manera distinta en los dos territorios, al igual que lo hacen los procesos históricos respectivos. Aunque ambos países estuvieron bajo gobiernos conservadores durante el primer tercio del siglo XX, la represión que supuso el periodo del régimen impuesto en España entre el año 1923 y el 1930 ralentizó en gran medida todo proyecto de libertad o igualdad social.

A pesar de que el ambiente ideológico general no es especialmente permeable a todas las peticiones femeninas, van apareciendo voces que, desde posiciones unas veces más conservadoras y otras más reivindicativas, proponen cambios en la sociedad, la ley y costumbre. (Lizarraga 2015:41)

Cabe remarcar la existencia de cierta dualidad que surge desde el nacimiento del movimiento feminista: es la distinción entre el feminismo de *la igualdad* o *social*, que aboga por el derecho equitativo entre hombres y mujeres de las mismas libertades y obligaciones cívicas y sociales, y el feminismo de *la diferencia*, que defiende los valores y capacidades de la mujer, ya sean innatos o productos del constructo social, como exclusivos y separados de la esfera masculina y busca una nueva consideración y valoración de los principios específicamente femeninos. No obstante, tanto el feminismo social como el de la diferencia trabajan en pos de un proyecto común que los une, de manera que en los discursos de género se aprecia la conjugación de estrategias y argumentos pertenecientes a ambos. Por eso, en este momento «los ideales de masculinidad y feminidad fueron reconstruidos en diálogo y conflicto con conceptos tales como el de nación y clase social» (citado en Branciforte 2015:239), funcionando como un proceso simultáneo.

El feminismo de la diferencia trata de tomar en consideración lo esencialmente femenino: el constructo social que supone la feminidad con su respectiva asignación de rol que parte de los factores biológicos. Propone una revisión y reinterpretación constante del significativo que es el cuerpo separado del mandato cultural creado por el patriarcado. Cabe tener en cuenta que el progreso que iba abriendo camino a la profesionalización de la mujer

no supuso una desvaloración del rol femenino convencional, «estas nuevas identidades femeninas se sumaron a las tradicionales sin por eso restar ninguna, como la de *ama de casa y madre*» (Branciforte 2015:241); de hecho, supone una revalorización de estas identidades asimiladas como puramente femeninas. Así, la maternidad, que hasta el momento había sido considerada como un mero proceso biológico que debía quedar en la intimidad del hogar, pasa a ser valorada como una cualidad de la que se reivindica su poder y utilidad social, funcionando como uno de los ejes a partir de los cuales trabaja el feminismo de la diferencia. Rathbone (1929) ejemplifica esta idea en la siguiente declaración «las mujeres son las guardianas naturales de la infancia. Ésta es como mínimo una parte del papel tradicional que nos asignan los hombres y que nunca debemos repudiar» (citado en Bock y Thane 1996:159). El discurso de la diferencia no solo no repudia esta asignación de rol exclusivamente femenino, sino que además lo enaltece promoviendo el rol de madre como tutora moral de la sociedad basándose en la importancia que tenía en el ámbito de la familia y el hogar. Se promueve una revalorización de la función de la madre como instructora, cuidadora y educadora y confieren a su figura la responsabilidad de criar una nueva generación. En este sentido cabe retomar la cita de Branciforte en que se relaciona la redefinición de roles de género con los discursos referentes a la nación y el estado porque muchas veces se aprovechará esta nueva consideración de la maternidad como estrategia para redirigirla hacia el discurso de la nación. Se establece una analogía entre la descendencia y la sociedad futura que debe ser educada e instruida en base a códigos morales que las madres deben establecer. Implica, también, entender la maternidad como forma de compromiso social que tiene más potencia que la figura de la esposa o la hermana, lo cual se justifica por las cualidades de mujer aplicadas al ser madre y ama de casa.¹

Sobre esta base se construyen las teorías literarias de la época que parten, por un lado, de discursos que dialogan acerca del ámbito sociopolítico y los roles de feminidad y tienen origen en los paulatinos procesos de cambio a nivel cultural, y por otro lado y simultáneamente, la aparición del estereotipo de la *New Woman*.

¹ Sobre el diálogo entre maternidad y nación en la época véase Thompson (2002), Huebel (2004) y Farr (2010).

La aparición de este ideal de mujer nueva, así como el anhelo de cambio social, marcará profundamente a las dos autoras que nos atañen: la española María Lejárraga (1874-1974) y la británica Virginia Woolf (1882-1941). Ciertamente es que ambas encarnan la *New Woman* por el hecho de ser autoras literarias, pero probablemente sea Lejárraga quien representa la vertiente política que lucha más activamente por la defensa del derecho equitativo entre hombres y mujeres; por su parte, Woolf, abarca el ámbito más filosófico y artístico de este ideal aplicándolo directamente a sus obras mediante distintas estrategias. En el presente trabajo se tratarán los textos que consideramos más significativos de estas autoras en lo que concierne a la materia feminista teniendo en cuenta aquellos aspectos que se puedan enmarcar tanto en la vertiente de la diferencia como en la social. Por un lado, la compilación de cartas de María Lejárraga, *Cartas a las mujeres de España (CME)* que se publicó como libro por primera vez en 1916 y, por otro lado, el famoso ensayo *A Room of One's Own (ARO)* de Virginia Woolf, texto que formó parte de conferencias impartidas en escuelas universitarias en Cambridge en el año 1929 y pasó a compilarse en forma de ensayo largo. Encontrar un hilo conductor que aproxime ambas autoras no es tarea sencilla dadas las marcadas diferencias en su estilo, ambiente histórico y circunstancias personales. María Lejárraga demostrará ser una activa personalidad política que aplicará a sus obras la fuerza contra el inmovilismo que caracterizó la España previa a la Segunda República a través del carácter apelativo de sus textos y la evidencia directa de las situaciones que precisan cambiar para una sociedad más justa. Virginia Woolf, por el contrario, fue una autora que focalizó su potencial en la creación literaria modernista y, aunque preocupada por asuntos sociales que aparecen en sus obras a través del uso de situaciones paradójicas e irónicas, implantando la duda y reflexión en el lector, se mantuvo siempre al margen de la actividad política. No obstante, existe, como se verá, un eje común entre ambas obras que permite manifestar sus mensajes dentro del marco de hermandad conformado en estas primeras voces del feminismo. Se trata de las diferentes estrategias de las que se sirven para integrar el discurso feminista mencionado anteriormente.

La figura de María Lejárraga fue siempre la de una mujer en la sombra, como la califica su biógrafa Antonina Rodrigo (1994), debido a que su actividad literaria apareció la gran mayoría de las veces bajo el nombre de su marido, el escritor y director de teatro Gregorio

Martínez Sierra. Firmó a su nombre o en algunos casos solo con sus apellidos la gran cantidad de obras que escribió durante su matrimonio.

Firmar con Gregorio Martínez Sierra era, en el caso de su obra programática, un salvoconducto, una especie de visado que garantizaba un determinado consumo de sus textos en los circuitos públicos y, lo que es más importante, impedía *otro*. Escribiendo *como si de un hombre se tratara*, Lejárraga se disponía a transformar el discurso hegemónico desde el privilegio de poder pasearse por su interior: la máscara masculina era la garantía de una presunta semejanza que le posibilitaba reivindicar la diferencia femenina impostando su discurso de *mujer* en el de un hombre. (Torras 1997:87)

De modo que nos encontramos ante una autora que publicó gran cantidad de artículos en revistas y periódicos, escribió conferencias, teatro y narrativa, suplantando la figura de su marido, una de las estrategias que le garantizaría el éxito a su proyecto. Su obra está dotada de un fuerte carácter transgresor, cargada de una fuerza que reivindica el feminismo y la modernización social activamente. De ahí que se diga que la máscara de su marido sirve como salvoconducto: como mujer tenía pocas posibilidades de llegar a un amplio público y ejercer tanta influencia como tenía escribiendo a nombre de él. Influencia que aprovechó para, a través de sus textos, instruir a la sociedad española del momento, más concretamente a las mujeres. La idea que atraviesa las veinticinco *Cartas a las mujeres de España* es la de alentar a las mujeres, principalmente las pertenecientes a la burguesía, a salir de la anquilosada esfera femenina del hogar para pasar a ser una parte activa de la sociedad que lucha por el cambio nacional, por lo que nos encontramos ante el ejemplo claro de lo que se viene comentando: la unión del discurso feminista con el nacional.

María Lejárraga demuestra en sus obras ser una mujer culta y ampliamente formada en feminismo. En *CME* hace diversas referencias a mujeres ejemplares que luchan por la causa feminista, no solo en Europa, también en América, así como autores literarios y figuras intelectuales de los que se sirve como prototipo para animar a las españolas. El hecho de que asistiera en 1892 al Congreso Pedagógico Hispano-Americano fue lo que la incitó a dedicarse al magisterio de corte más progresista, vocación que se deja ver claramente en sus cartas y a través de la cual se configura un discurso de índole instructiva de cara a sus lectoras, a las que aconsejará y persuadirá para que, también a través de la educación,

busquen una posición más equitativa del género femenino.² Pero no solo lleva a cabo su labor como feminista a través de la literatura. Lejárraga fue una mujer políticamente activa que llegó a ocupar cargo de diputada en el Congreso de la República. Del mismo modo, formó parte de asociaciones y grupos progresistas como la UME (Unión de Mujeres de España) en cuyo equipo directivo participó, «con el objetivo de crear en las mujeres una conciencia de independencia a través de conferencias públicas y gratuitas» (Lizarraga 2015:45) y se mantendría hasta que en los años treinta se convirtió en la Asociación Femenina de Educación Cívica.

Desde 1909 existieron agrupaciones que trabajaban con la intención de fomentar la creación de asociaciones de mujeres que lucharán por lograr cambios sociales a nivel legislativo y laboral. Otras, como las que propone María Lejárraga en su carta II, se configuran como «clubs de mujeres», rincones con «muchos libros donde las mujeres pudieran aprender por su cuenta algo de lo mucho que ni la familia ni el Estado se han preocupado de enseñarles» (Martínez Sierra 1930:13). Consciente siempre de que el proceso en España no podía llevarse al mismo ritmo que en otros países de occidente en los que se mira en reiteradas ocasiones, ve en la segunda República³ la solución más clara, como una oportunidad de la mujer para solucionar aquello que el hombre no ha sabido hacer. De ahí que insista tanto en la renovación sociopolítica española, estableciendo el diálogo entre sus dos tesis principales: la feminista y la nacional.

Con todo, el feminismo que propugna en las *Cartas a las mujeres de España* ha dado pie a ser interpretado como conservador o incluso clasista por dirigirse a *señoritas* «con todas las connotaciones que esta condición comporta en una sociedad eminentemente clasista/feudalista como la nuestra, mujeres/niñas con toda la inseguridad sustentada por los

² La figura de Lejárraga en este sentido puede recordarnos a la de Josefa Amar y Borbón, que ya en el XVIII profesaba una educación de corte feminista y libre de toda influencia religiosa; véase «Discurso en defensa del talento de las mujeres y de su aptitud para el gobierno y otros cargos en que se emplean los hombres», de 1786. Por otro lado, las ideas de Lejárraga también encuentran un punto en común con la contemporánea María Aurelia Company en artículos y ensayos como «La dona a Catalunya: consciència i situació» de 1966.

³ La relación e influencia de Lejárraga con respecto a la República española está ampliamente tratada en el capítulo de su biografía por Antonina Rodrigo «La República: «la alegría más grande de mi vida»» así como en el artículo de Juan Aguilera Sastre de 2005 «María Martínez Sierra: artículos feministas a las mujeres republicanas» y el de Rosario Ruiz Franco «La República de las mujeres», de 2006 en los que se pone especial énfasis en el contexto historiográfico en que se encuentra esta autora y se la relaciona con figuras como Carmen de Burgos y Clara Campoamor y sus correspondientes aportaciones al proyecto feminista.

prejuicios del mundo del trabajo, educadas para el quehacer doméstico» (Rodrigo 1994:117) y asumir en ellas esta condición como válida. Ante estas acusaciones, cabe tener en cuenta el momento en que aparece: la España de principios del XX era una nación inmersa en una crisis moral, con una sociedad muy arraigada en los moldes y valores tradicionales. Y es precisamente por eso tan valiosa la figura de Lejárraga, porque a través de discursos aparentemente ceñidos a la tradición, en los que figuradamente es un hombre quien se dirige a mujeres que se ajustan al rol generado por el patriarcado, es capaz de promover la transgresión radical de la propia tradición haciendo gala, como veníamos señalando de la proeza táctica que supone la utilización de ambos, emisor (suplantando la figura de su marido) y receptor (mujeres de condición social que pueden llevar a cabo el cambio que propone); y, principalmente por hacer de su protagonista la mujer: la esposa, hija, hermana, maestra y, ante todo, la madre.

Prepárense ustedes a ser madres de veras. Una madre «creadora de hombres», necesita salud, fuerza, ciencia, prudencia, justicia, fortaleza, templanza, caridad encendida, fe inmortal, esperanza indesarraigable, conciencia estricta y consciencia perfecta del bien que puede hacer. Todas las virtudes son pocas para formar el alma de una madre; toda la ciencia es poca para formar el entendimiento de una madre; todo el entusiasmo es poco para sostener a una madre en las dificultades de su santa misión. La madre es creadora con Dios; puede y debe ser redentora con Él. Piensen ustedes en la gloria de dar al mundo un hombre. (Martínez Sierra 1930:44)

La figura de la madre será para Lejárraga el vehículo para la regeneración social, de modo que vinculará la maternidad a la responsabilidad de criar una nueva nación. Como se ha señalado, Lejárraga hace hincapié en sus esperanzas en la República ya que en ella ve el único futuro que incluye el cambio social tan necesitado, y de ahí la importancia de que la madre procure para sus hijos la mejor educación posible ya que son quienes van a tener que trabajar en el futuro en la construcción y conservación de la nueva España. «¡Mujeres de España, cread la España nueva e inmortal en el entendimiento de vuestros hijos, que ahora son como cera en vuestras manos!» (Martínez Sierra 1930:56) Puesto que quiere que la mujer responda a su función vital de la mejor manera posible, la maternidad será un asunto que trata ampliamente. El constructo social ha inculcado la idea de que es a través de la maternidad que la mujer alcanza su realización y adultez y que debe responder a ese «instinto maternal» de manera incluso idealizada, cuyo resultado quedará patente en la crianza y educación de los hijos. María Lejárraga no escapa a la asimilación intrínseca de

esta idea, de ahí su insistencia en el asunto. En repetidas ocasiones lo hace a través de consejos dirigidos a la mujer joven:

[La madre] Podrá proclamar las verdades sin contaminarlas con los deseos. Podrá ser maestra de vida; [...] Para llegar a ese noble magisterio y a esa soberanía y realeza incomparables, estáis viviendo ahora vuestros veinte años, niñas que acabáis de cumplirlos. Pensad en ello y abrid la inteligencia para recoger las verdades fundamentales que han de ser semilla de vuestra buena mies. (Martínez Sierra 1930:73)

En otras –la gran mayoría– lo hará estrechando el lazo entre la madre y la patria, podríamos decir que entendiendo la maternidad casi como un proyecto nacional porque criar a los hijos en base a una ideología concreta –entiéndase ideología en el sentido ontológico de la palabra– en cierto modo funciona como garantía de una renovada sociedad, y eso, al mismo tiempo, garantizaba la difusión y aceptación de su discurso.

Es, por tanto, vuestra obligación educar al hijo, cultivar al hijo, descubrir la vocación del hijo. [...] Estáis obligadas a hacer esta obra de atención, de cultivo, de preparación, de egoísmo maternal, que es también patriotismo. Esto es lo único que puede justificar los derechos que vuestra feminidad y vuestra maternidad os conceden. Jardineras de vocaciones, descubridoras, fortalecedoras, educadoras de hombres. Esa es vuestra misión en la familia. (Martínez Sierra 1930:192)

La unión del patriotismo y el feminismo funcionan como otra estrategia para defender su proyecto: «insistirá una y otra vez en convertir el feminismo en la promesa de una mayor calidad de vida al propiciar un entendimiento mejor entre hombres y mujeres» (Torras 1996:84) y al mismo tiempo lo enfocará siempre hacia el futuro próximo de la nación. Lejárraga, al igual que muchas de sus contemporáneas, vio en la República un aliado para la mujer y por eso emprende la tarea con tanta tenacidad, por eso se esfuerza en buscar caminos para animarla a cumplir «su más alta misión, la maternidad, porque la mujer siempre es madre, aunque biológicamente no lo sea. Al menos es madre de sus obras. Si contribuye a la creación de una nueva España, cumplirá con su misión natural creadora» (Lizarraga 2015:59). Esta sentencia ejemplifica perfectamente la figura de María Lejárraga quien, a pesar de que no tuvo hijos, cumplió satisfactoriamente su misión para con la patria y la sociedad a través de su acción y creación.

Resulta evidente que las líneas en las que se mueve su propuesta están a caballo entre el feminismo de la diferencia y el social puesto que reivindica la valoración del papel de la mujer en el conjunto de la sociedad, más concretamente del Estado español a través de una

revalorización de aquello que caracteriza a las mujeres: la feminidad. Para enaltecer lo que diferencia a la mujer del hombre, aprovecha aquello que más exclusivamente conforma el sujeto femenino, la maternidad. Ésta adquiere un carácter idealizado que homologa el rol de madre a la bondad, la protección, la ternura, la entrega incondicional... Es decir, que propone la lucha por la igualdad moral, laboral y legislativa entre géneros a la vez que no deja de caracterizar el papel de la mujer como esencialmente femenino y positivo. Claro ejemplo son las cartas VI y IX en las que aconseja a las mujeres que disfruten de su juventud, de la belleza, la coquetería, el amor, así como las insta a no dejar de aprender, cultivarse y formarse para poder servir de ejemplo a los demás, especialmente a sus hijos, ya que en la familia y el ámbito del hogar funcionan de manera análoga a la patria; mientras que el padre dedicaba su tiempo y esfuerzo a ganar dinero mediante el ejercicio de una profesión, la madre de familia quedaba encargada de la preparación y cuidado de la prole.

Dadle lo suyo a la risa, y al amor, lo mucho que se merece; pero no pretendáis reír siempre ni enamorar por los siglos de los siglos. No creáis a los hombres cuando os digan –en verso o en prosa– que vuestra única gracia está en ser el pájaro alegre que les distraiga a ellos la vida con risas sin sentido y coqueterías sin fundamento. Vuestra misión es un poco más alta; vuestra vocación un poco más austera. Tan alta y tan austera como la del hombre: ni un punto más ni una línea menos. El porvenir de la Humanidad está –mitad por mitad– en vuestras manos y en las nuestras. (Martínez Sierra 1930:74)

La insistencia en la preparación moral e intelectual de la mujer para poder transmitirla a su descendencia es una constante en *CME* que indudablemente nace de la inferioridad que se le atribuye al género femenino por parte de la sociedad patriarcal. Evidentemente la mayoría de mujeres del XIX y principios del XX recibían una educación elemental pero se encontraban con muchas puertas cerradas que entorpecían su camino al intentar instruirse. La universidad, así como la profesionalización laboral formaba parte de la esfera masculina casi exclusivamente, imposibilitando de manera activa la instrucción de la mujer: «en nuestro país ¿se admite a las mujeres a los estudios superiores en las mismas condiciones que a los hombres?; ¿Qué reformas deben tomarse?» (Martínez Sierra 1930:39) Lejárraga propone una ruptura total, asumiendo y preconizando la capacidad de las mujeres para cultivarse y divulgar su conocimiento:

Muchísimas de las supuestas incapacidades son sencillamente prejuicios necios; por ejemplo: en España, una de las actividades que más alarman, no solo a los hombres, sino a las «señoras», cuando se pone sobre el tapete la cuestión de trabajo de la mujer, es precisamente el ejercicio de la Medicina; y el ejercicio de la Medicina, en todas las

sociedades primitivas, ha sido *exclusivo* de la mujer, y es evidente que está en su naturaleza, por maternal, el impulso de atender al enfermo y la intuición de su asistencia. (Martínez Sierra 1930:29)

De este modo se demuestra en sus cartas el aprovechamiento de la vertiente socialista de su tesis para llamar al estudio y la instrucción de las mujeres que, aunque en los años veinte ya habían conseguido acceso a las universidades, seguían encontrándose con barreras para proclamarse como individuos autónomos formados y capaces de ejercer profesiones remuneradas. Lejárraga establece una estrecha relación entre el perfil de mujer alternativa del que veníamos hablando, la *New Woman*, y el proyecto emancipador del rol tradicional. De hecho, dedica dos cartas a la cuestión de «qué deben estudiar las mujeres» en las que recomienda la formación en tantos campos como sea posible.

La renovación pedagógica de los planes de Escuelas de Maestras, junto a la relativa racionalización de las materias del *curriculum*, sirvieron de marco al afán de las mujeres para acceder a una educación más completa. A la vez, dieron resonancia mayor a la necesidad social de escolarizar a las niñas. (Nash y Tavera 1994:71)

La educación universal se convirtió en las primeras décadas del XX en un tema que ocupó un importante lugar en conferencias, artículos y tertulias de la época⁴ porque con el progreso de emancipación de la mujer se hacía cada vez más evidente la injusta situación en que se encontraba. Esta situación iría mejorando hasta encontrarse años después con otra barrera infranqueable que se prolongaría durante cuarenta años.

Llegados a este punto queda claro que nos encontramos con la figura de una autora que hace gala de su ingenio para promover una doctrina a favor del cambio social que tiene como protagonistas a las grandes olvidadas de la historia. María Lejárraga, desde la sombra, guía y alumbra el camino para tantas otras y fomenta el nuevo ideal de mujer.

Este ingenio queda patente, como hemos ido señalando, en las múltiples estrategias formales que emplea en su discurso y establecen un vínculo con la otra figura que nos ocupa en este estudio, Virginia Woolf. La relación que se puede establecer entre ambas es fundamentalmente ideológica ya que se trata de dos mujeres avanzadas para la época en muchos sentidos por sus puntos de vista con respecto a la sociedad y, más concretamente, a

⁴ En las reivindicaciones en el terreno de la educación destacan las denuncias de Emilia Pardo Bazán a finales del XIX y la figura de Suceso Luengo, quien divulgó un discurso educativo feminista. Véase M. Nash y S. (1994).

la situación de la mujer. Aunque Virginia Woolf postulará sus principios a través de la ficción, en novelas como *Mrs. Dalloway* (1925) y *To the lighthouse* (1927) su obra de mayor alcance feminista es, probablemente, *A Room of One's Own*, (ARO). En este ensayo, al igual que en el grueso de sus creaciones, sus consideraciones acerca de la desigualdad de las mujeres en la literatura y en la vida sociopolítica, son centrales, pero al mismo tiempo no son absolutas, sino que se dejan abiertas a la interpretación del lector, ofreciendo una perspectiva relativista.

Hablar de Virginia Woolf supone hablar de una de las autoras más importantes en la cultura anglosajona, lo cual implica de primera mano, una gran diferencia con respecto a María Lejárraga. Al compararlas nos encontramos también con un problema de periodización y es que, a pesar de que ambas vivieron periodos cronológicos similares, la obra que analizamos de Woolf es trece años posterior a la de Lejárraga, periodo en que Inglaterra se vio inmersa en procesos liberales imposibles en el contexto español. No obstante, puede trazarse cierta línea de continuidad y un punto en común entre la obra de ambas. Al igual que Lejárraga, Woolf también fue una figura de influencia en su momento: mientras que la española se movía en círculos políticos, Woolf fue adquiriendo una creciente popularidad en ámbitos literarios tan importantes para el modernismo como lo fue el Bloomsbury Group. Si bien es cierto que ambas postulaban sus ideas a través de medios distintos, una de las facetas comunes más fácilmente reconocibles es su adhesión al feminismo, que Lejárraga trabaja desde lo ideológico, vinculándolo al socialismo de rama progresista, mientras que Woolf, por su parte, se sirve de la literatura, incidiendo en técnicas innovadoras y recursos formales «entering into modernity as a permanent revolution, Woolf forges a dialogic art that shatters outworn conventions» (Froula 2004:13). Es por ello que en Virginia Woolf el feminismo se aborda desde perspectivas menos radicales, encubiertas en medio de la literariedad, lo cual se puede entender como equivalente a la máscara que Lejárraga utiliza al firmar sus obras en nombre de su marido. De todos modos, aquello que más nos llama la atención tanto en ARO como en CME es el punto de partida para desarrollar su tesis: la cotidianidad. En la primera carta de Lejárraga, se refiere al atraso con que evoluciona España en los siguientes términos: «seguimos barriendo las calles con escoba y sacudiendo en casa el polvo con los zorros, como si no se hubiese descubierto sistema mejor de limpieza»; de la misma manera, en la introducción a su ensayo, Woolf dice lo siguiente:

I propose, making use of all the liberties and licences of a novelist, to tell you the story of the two days that preceded my coming here –how, bowed down by the weight of the subject which you have laid upon my shoulders, I pondered it, and made it work in and out of *my daily life*. (Woolf 2004:4; *el énfasis es mío*)

De modo que en el primer capítulo de *ARO* encontramos una descripción detallada de escenas de la cotidianeidad que, como la autora recalca, no suelen formar parte de las novelas. Así que, rompiendo con la tradición, se propone retratar con todo lujo de detalles un almuerzo. La intención no es únicamente la de crear en la mente del lector y la lectora la imagen exacta de la escena que se describe, sino que también utiliza estas escenas como estrategia para enfatizar la importancia que adquieren pequeños pormenores en la vida cotidiana y hacer reflexionar al lector sobre su origen, cómo adquieren esta importancia y quién hay detrás de ellos.⁵

Podemos leer entre líneas una reivindicación –al estilo de Lejárraga en su vertiente más feminista desde la diferencia– del papel de la mujer en la esfera en la que hasta el momento había permanecido. Woolf es especialmente consciente de las barreras que limitaban el género femenino aún en el primer tercio del XX.⁶ En el primer capítulo, para señalar la evidente desigualdad entre hombres y mujeres en ámbitos profesionales, relata cómo no le es posible adentrarse en Oxbride (una evidente referencia a Oxford y Cambridge, las más prestigiosas universidades en Reino Unido ya por entonces) ni siquiera caminar por el césped de sus alrededores, y respecto a ello dirá «I thought how unpleasant it is to be locked out; and I thought how it is worse perhaps to be locked in;» (Woolf 2004:28) Interpretemos el *in* en consonancia con lo que hasta el momento se ha tratado con respecto a las esferas sociales y el confinamiento de la mujer en el hogar,⁷ linde desde el que la mujer no representaba ningún tipo de amenaza para la garantía del patriarcado. Esta crítica enlaza con las ideas que profesa Lejárraga respecto a la educación y la necesidad por parte de las mujeres de travesar límites y saltar muros:

Los muros del huerto familiar ya os parecen, y con razón, estrechos; los mandamientos maternos que protegieron vuestros primeros años se os antojan pueriles; las alas nuevas piden aire libre, y el pensamiento, recién libertado de la graciosa fábula con que intentaron

⁵ Para otros estudios sobre la cotidianeidad desde la perspectiva feminista véase Vaiou y Lykogianni (2006), así como Sim (2005).

⁶ En cuanto a la relación de la autora con el feminismo véase Marcus (2000)

⁷ Woolf trata más profundamente el asunto del confinamiento de la mujer en su artículo ensayístico «Professions for women» en el que presenta y asesina el prototipo del *Angel in the house*.

explicaros la vida, clama por el pan sano de la verdad para alimento de la conciencia recién nacida. (Martínez Sierra 1930:175)

La crítica literaria ha estudiado en profundidad el tratamiento que Virginia Woolf otorga al tema de la educación, y más concretamente la universidad (Mc Candless Kley, 1999); al igual que hace con la mayoría de temas sociales, lo presenta de manera sutil y camuflada entre sus ficciones. La desigualdad en las universidades se denuncia en *ARO* sólo a través de la escena en que la voz de la narradora se ve forzada a andar por la gravilla en vez de por el césped, y en la escena en que no le permiten la entrada a la biblioteca por no estar acompañada por un miembro de ésta –sutil método una vez más para demostrar que para que la mujer siga subyugada debe ser excluida porque estas barreras no son solo físicas sino que también delimitan «the free flow of her thoughts, prohibiting her from ‘trespassing’ on the grounds of intellect and imagination held to be the proper reserve of the male sex» (Marcus 2000:218). Podemos entender que lo que Woolf defiende está en la línea de la transgresión: para que la situación de desigualdad cambie, la mujer debe entrar en la esfera de lo masculino; algunos críticos creen incluso que parte de este carácter rebelde que caracterizaba a la autora, y a la vez, su rechazo o incapacidad para expresarlo a través de la literatura, puedan haber sido algunos de los factores que tanto la atormentaban a psicológicamente.⁸

Esta denuncia, por tanto, configura un argumento de peso en el feminismo social de Woolf. *ARO* desarrolla paulatinamente la denuncia de la injusticia social entre géneros; tan progresivamente que hace un recorrido histórico a través de un repaso en las estanterías de una biblioteca descubriendo, por un lado, que la voz de las mujeres no tuvo cabida en la literatura hasta finales del XVIII y, por otro, y como consecuencia de esto, que en la mayoría de casos, las mujeres son descritas desde la perspectiva masculina, formando una imagen sesgada del género: «Imaginatively she is of the highest importance; practically she is completely insignificant. She pervades poetry from cover to cover; she is all but absent from history» (Woolf 2004:51) Repasando la tradición literaria ve claramente como la mujer ha sido siempre el objeto de deseo –tanto carnal como platónico–, acompañada de un imaginario que tiene que ver con el sensualismo y la mitificación de su figura y que olvida

⁸ Véanse Ward (2000), Abel (1989), Desalvo (1980), Figueroa (2005) y Baker (2006).

su existencia fuera de este ideal. Aparece como objeto de reflexión poética pero no se la menciona en la Historia, evidencia de que se olvida su realidad. Su rol en los constructos culturales se ciñe exclusivamente a un ideal como Woolf demuestra a través de irónicos y dramáticos planteamientos como el que sigue:

For all dinners are cooked; the plates and cups washed; the children sent to school and gone out into the world. Nothing remains of it all. All has vanished. No biography or history has a word to say about it. And the novels, without meaning to, inevitably lie. (Woolf 2004:104)

Por lo que *ARO* parece trabajar no tanto con la idea de «qué se debe hacer», –como lo plantean las teorías de corte sufragista, en la línea de Lejárraga–, sino con la de cómo afectan las definiciones identitarias y cómo deben reconfigurarse. Para solucionar la problemática de asignación de roles que ha implantado el patriarcado, Woolf plantea un cambio desde la raíz del constructo social: la educación, «equal opportunity for women, not necessarily a separate one. She truly values the best educational opportunities available to each sex» (Mc Candless Kley 1999:60); oportunidades en la educación que ella ve representadas en la que ya Coleridge llamó *androgynous mind* (Coleridge 1818). Si se implanta, a través de la educación, la ideología que sustenta el concepto de mente andrógina –que es la no distinción entre géneros a nivel de pensamiento– la igualdad no es tan utópica, como tampoco lo es solucionar los dos problemas que descubre en los lomos de los libros de Oxbridge; «it is fatal for anyone who writes to think of their sex, it is fatal to be a man or a woman pure and simple; one must be woman-manly or man-womanly» (Woolf 2004:120). Quiere que se valore en la mente de un hombre tanto la parte de pensamiento masculino como la del femenino. De modo que se plantea un cambio de paradigma en los roles de género establecidos: si un hombre no es total y exclusivamente masculino, sino que transgrede la barrera del género, su intelecto se libera y activa potencialmente, ya que empieza a tomar en consideración toda la mitad femenina que hasta el momento había estado noqueada. Evidentemente, todo este proceso se aplica para ambos géneros, así que podemos entender esta propuesta como una forma más de proponer el feminismo sin la reivindicación directa de la igualdad, ya que aboga por la no distinción entre géneros en el pensamiento.

La ambición de transgredir las barreras de género la hace cuestionarse si realmente es más loable el trabajo de un hombre que el de una mujer y asume que no hay herramientas para comprobarlo aunque la historia se haya empeñado en favorecer el papel del hombre. El ejemplo más claro que da de esta situación lo encontramos en la ficción que genera alrededor de la supuesta hermana de Shakespeare, una muchacha con tanto talento lírico como él a la que se le cierran todas las puertas del éxito por el mero hecho de ser mujer.

She had no chance of learning grammar and logic, let alone of Reading Horace and Virgil. She picked up a book now and then, one of her parents came in and told her to mend the stockings or mind the stew and not moon about with books and papers. They would have spoken sharply but kindly, for they were substantial people who knew the conditions of life for a woman and loved their daughter. (Woolf 2004:55)

Esta ficción también sirve de argumento para sostener lo que se ha dicho anteriormente con respecto a la voz de la mujer callada en la literatura, —«who shall measure the heat and violence of the poet's heart when caught and tangled in a woman's body?» (Woolf 2004:56) para llevarla al pensamiento de que, evidentemente, si algunas de las ocupaciones más respetables son llevadas a cabo exclusivamente por el género masculino, se trata de una herencia cultural que ha hecho de la mujer el sexo «débil», implantando sobre ella la sobreprotección de la que habla también Lejárraga en el último fragmento que se ha citado de *CME*. De manera audaz reflexiona también sobre la imposibilidad que suponía para una mujer anterior a su época tener dinero propio. Para Virginia Woolf el pensamiento y la realidad están muy unidos y la libertad intelectual depende de cosas materiales. La poesía depende de la libertad de pensamiento y si las mujeres siempre han sido pobres por el sometimiento al patriarcado que las ha calificado como inferiores, es evidente que no han podido ejercer esta ni ninguna otra arte. De ahí su insistencia en la idea de que la mujer debe tener dinero propio. De nuevo una denuncia cuya idea encaja en el feminismo de corte social pero presentada a través del cuestionamiento y la reflexión en el lector y lectora, demostrando otro punto en común entre las dos autoras: el diálogo entre este feminismo y el de la diferencia a través de estrategias que allanan la recepción. Para acabar con esta situación desigual y paternalista, Woolf propone:

Remove that protection, expose them [women] to the same exertions and activities, make them soldiers and sailors and engine-drivers and dock labourers, and will not women die off so much younger, so much quicker, than men that one will say 'I saw a woman today', as one used to say, 'I saw an aeroplane'. *Anything may happen when womanhood has ceased*

to be a protected occupation, I thought, opening the door. (Woolf 2004:47; *el énfasis es mío*)

Así pues, su plan consiste en la implantación, a través de una educación más feminista, de la mente andrógina que mueva a la transgresión de los roles de género preestablecidos por el constructo sociocultural, para conseguir una revalorización del género olvidado por la historia que culmine con la igualdad entre ambos.

Como se ha señalado, *ARO* establece el diálogo –o no marca la distinción– entre el feminismo social y el de la diferencia, aunque sí cabe tener en cuenta que el de la diferencia está presente incluso con más fuerza, como ya se ha destacado con respecto a la cotidianeidad. En la misma línea, Woolf reflexiona en los primeros capítulos acerca del papel de las mujeres en la sociedad: de hecho, la mayor parte del ensayo se sustenta a partir del feminismo de la diferencia: «it would be a thousand pities if women wrote like men, or lived like men, or looked like men, for if two sexes are quite inadequate, considering the vastness and variety of the world, how should we manage with one only?» (Woolf, 2004:102). El ejemplo de la ficticia hermana de Shakespeare también funciona aquí, ya que Woolf plantea la imposibilidad que supone para una mujer de la época isabelina poder ocupar su mente y su tiempo con la expresión poética.

Woolf se pregunta qué habría ocurrido si sus *antecesoras* se hubieran podido dedicar a profesiones que les permitiesen ganar dinero con el que colaborar para promocionar las universidades –igual que hicieron sus *antecesoras*– y así acceder a ellas para invertir la reflexión haciéndonos pensar en lo que habían estado haciendo estas antecesoras: criar y cuidar de sus hijos. «If Mrs Seton, had been making money, what sort of memories would you have had of games and quarrels? But it is useless to ask this question, because you would never have come into existence at all» (Woolf 2004:26). Hace hincapié en el tema que más nos ha ocupado en *CME*: la figura de la madre, que en los primeros capítulos del ensayo de Woolf será símbolo de herencia de un determinado rol en la cultura. Es importante tener en cuenta que, aunque en *ARO* parece recriminar la herencia cultural en las mujeres regida a un rol concreto, no se trata tanto de una recriminación, sino de una revalorización:

We have had other work on our hands. Without our doing, those seas would be unsailed and those fertile lands a desert. We have borne and bred and washed and taught, perhaps to the

age of six or seven years, the one thousand six hundred and twenty-three million human beings who are, according to statistics, at present in existence, and that, allowing some had help, takes time. (Woolf 2004:130)

Las mujeres no se han dedicado a la creación artística ya que estaban demasiado ocupadas en aquello que engloba la cotidianeidad: criando a esos hijos que con suerte podrían acceder a las universidades y bibliotecas. Porque, según el pensamiento de Woolf, se establece, como se ha señalado, una cadena de transmisión del rol en sociedad: «For we think back through our mothers if we are women» (Woolf 2004:88). Se entiende el pensamiento como herencia cultural que va determinado socialmente en función del género. Por eso las mujeres han tenido tan poca representación en la literatura previa al XIX, porque asumían este rol heredado por sus madres y abuelas, aquello que hoy llamamos genealogía y se iría transformando progresivamente para crear una historia de las mujeres que las incluya también como escritoras.⁹ De ahí que Woolf abogue por un giro en esta tradición de pensamiento regido al género, para dejar de lado las barreras que se alzan al heredar una condición social inmutable. Con el progresivo cambio cultural, la mujer va tomando un papel más activo en la sociedad, siendo capaz de abarcar más responsabilidad de la que hasta el momento se le había otorgado: la familia, pudiendo dedicarse a tantas otras cosas como la producción artística.

The history of women's freedom of expression, education and experience is a very recent one, in which, the environment and the social sphere become far more significant determinants of literary capacity and production than any concept of creativity as a purely personal property». (Marcus 2000:213)

Por tanto, lo que Woolf plantea es repensar estas definiciones identitarias heredadas, cambiarlas para poder dejar unas nuevas y modernizadas como herencia y buscar las excepciones en el pasado para armar una genealogía propia. Una herencia no solo social sino también cultural, a través de la literatura, para ser a la vez el alfa y el omega de la regeneración, el origen y la meta: «If you consider any great figure of the past, like Sapho, like the Lady Murasaki, like Emily Brontë, you will find that she is an inheritor as well as an originator, and has come into existence because women have come to have the habit of writing naturally» (Woolf 2004:126). E insiste en la necesidad de que las mujeres escribamos para crear una tradición que responda verdaderamente al constructo social del

⁹ Sobre el concepto «genealogía» y las aportaciones de Woolf en su literatura véase Tickner (2002).

género femenino, *verdaderamente* porque la única manera de representarlo es a través de nuestra propia voz. «Therefore I would ask you to write all kinds of books, hesitating at no subject however trivial or however vast» (Woolf 2004:126).

Ser el origen de una renovada tradición se puede entender en paralelo a la tesis de Lejárraga con respecto a la nueva nación. Parten de la necesidad de implantar en la mujer un pensamiento nuevo para que lo transfiera a generaciones venideras de manera que se active un mecanismo de transmisión cultural en el que el género femenino por un lado se alce y proclame como parte integrante y fundamental, pero al mismo tiempo, que sea consciente de la necesidad de la otra parte para funcionar de manera orgánica. Porque, por un lado, estamos sujetos a una genealogía a través de la cual heredamos nuestro rol en sociedad en base al género que nos define o limita –aunque esto sea discutible– pero, a la vez, debemos asumir también que la feminidad, al igual que la masculinidad, es *solo* una parte del individuo.

If we face the fact, for it is a fact, that there is no arm to cling to, but that we go alone and that our relation is to the world of reality and not only to the world of men and women, then the opportunity will come and the dead poet who was Shakespeare's sister will put on the body which she has so often laid down. (Woolf 2004:131)

Pocas veces se consigue transmitir este mensaje de manera tan eficaz: a lo largo de todo el ensayo Woolf va combinando los discursos que defienden la diferencia de género como algo verdaderamente útil para reforzar la feminidad del individuo que ha sido ultrajada a lo largo de la historia y, al mismo tiempo, es capaz de encaminar su hipótesis hacia el feminismo de la igualdad por entender el ser humano como total, incluyendo ambos géneros.

En definitiva, a través del estudio de dos obras tan distantes en algunos aspectos vemos una misma ambición y vocación, la de transmitir, ya sea de manera instructiva al estilo de Lejárraga o llamando a la reflexión a través de recursos irónicos como Woolf, la necesidad y obligación de repensar y llevar a cabo un cambio en lo que implican las definiciones tradicionales de género y las consecuencias en nuestras representaciones culturales de éstas

tanto en el día a día como a largo plazo: «la poesía está sencillamente donde nosotros queramos ponerla. Pongámosla en la vida cotidiana» (Martínez Sierra 1930:172). Estas dos autoras funcionan como las promotoras del cambio en las manifestaciones culturales que representan los cambios en la vida real, de ahí que se insista tanto en lo cotidiano en ambos textos.

Desde principios del XX la conciencia del origen de muchas de las desigualdades sociales ha sido creciente y es, sin duda, gracias a voces como las de las dos autoras que nos han ocupado que el feminismo se abre camino para tratar de solucionarlas. Lo más valioso de estos textos es su validez casi cien años después de su producción porque no podemos dejar de leer en *A Room of One's Own* el llamamiento a representar la verdad del ser humano, apartado de definiciones genéricas, a través de la literatura «poetry ought to have a mother as well as a father» (Woolf 2004:119) al igual que *Cartas a las Mujeres de España* nos insta a no dejar de prepararnos para crear y defender un futuro mejor. Virginia Woolf y María Lejárraga representan la encarnación de la nueva mujer que, junto con tantas otras autoras abrirían los ojos a la sociedad contemporánea y futura a través de los medios disponibles más eficaces para modernizarla y adaptarla culturalmente hacia la definición de nuevas identidades.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Abel, E. (1989), *Virginia Woolf and the Fictions of psychoanalysis*, Chicago University Press.
- Aguilera Sastre, J. (2004), «María Martínez Sierra: artículos feministas a las mujeres republicanas», *Berceo*, 147, pp. 7-40.
- Amar y Borbón, J. (1786), «Discurso en defensa del talento de las mujeres y de su aptitud para el gobierno y otros cargos en que se emplean los hombres», en *Memorial literario*, Vol. VIII, pp. 399-430, en Wikisource [<https://goo.gl/QHRudz>] (Última visita 17 de abril 2016).
- Barker, P. (2006), «Postpsychiatry: Mental Health in a Postmodern World Models of Madness: Psychological, Social and Biological Approaches to Schizophrenia “My Madness Saved Me”: The Madness and Marriage of Virginia Woolf», en *Journal of Psychiatric and Mental Health Nursing* Vol. 13, 4, 468-472.
- Bock, G. y Thane, P. (eds.) (1996), *Maternidad y políticas de género*, Madrid, Cátedra, UV, Instituto de la mujer.
- Branciforte, L. (2015), «Experiencias plurales del feminismo español en el primer tercio del siglo pasado: un balance de la historiografía reciente», en *Revista Historiografía*, n. 22, pp.235-254.
- Coleridge, S.T. (1818), *On Poesy or Art*, disponible en: [<http://goo.gl/1r2lxf>] (Última visita 20 abril 2016).
- Company, M. A. (1966), «La dona a Catalunya: consciència i situació», Barcelona, ed.62.
- Desalvo, Louise, A. (1980), *Virginia Woolf: The impact of childhood Sexual Abuse on Her Life and Work*, London, The Women's Press.
- Farr, I. E. (2010), «Republican motherhood in the words of women», disponible en: [<http://search.proquest.com>] (Última visita 20 abril 2016).
- Figueroa C, Gustavo (2005), «Virginia Woolf: enfermedad mental y creatividad artística», en *Revista Médica de Chile* [online] Vol.133, n.11, pp. 1381-1388. (Última visita 15 abril 2016)

- Genevière, F. (2003), *Los dos gobiernos: la familia y la ciudad*. Madrid, Cátedra, UV, Instituto de la mujer.
- Froula, C. (2004), *Virginia Woolf and the bloomsbury avant-grade*, New York, Columbia University Press.
- Huebel, A.K. (2004), «More than an individual? The paradoxes of motherhood in Victorian and Edwardian Britain». Disponible en: [<http://search.proquest.com>] (Última consulta 20 abril 2016)
- Lizarraga, Vizcarra, I. (2001), «*Libertad (1931)* De María Martínez Sierra: La mujer española frente al código civil», *Berceo*, pp. 35-81.
- Lorraine, S. (2005), «No Ordinary Day: The Hours, Virginia Woolf and Everyday Life» *Hecate*, Vol. 31, 1, 60-72.
- Marcus, L. (2000), «Woolf's feminism and feminism's Woolf», en *The Cambridge Companion to Virginia Woolf*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 209-241.
- Martínez Sierra, G. (1930), *Cartas a las Mujeres de España*, Madrid, Renacimiento.
- Mc Candless Kley, C. (1999), *Virginia Woolf's Theory of Education*, New Jersey, UMI.
- Nash, M. y Tavera, S. (1994), *Experiencias desiguales: conflictos y respuestas colectivas (S XLX)* Madrid, Síntesis.
- Rathbone (1929), *Milestones: Presidential Addresses at the Annual Council Meetings of the NUSEC*, Londres, National Union of Societies for Equal Citizenship.
- Roe, S. y Sellers S. (eds.) (2000), *The Cambridge Companion to Virginia Woolf*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Rodrigo, Antonina (1994), *María Lejárraga una mujer en la sombra*, Madrid, Vosa.
- Ruiz Franco, R. (2006), «La República de las mujeres» *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia contemporánea*, Vol. 18, pp. 171-185.
- Thompson, J. A. (2002), «New women, new mothers: The conflict of feminism and motherhood in late-Victorian fiction». Disponible en: [<http://search.proquest.com>] (Última consulta 30 abril 2016)
- Tickner, L. (2002), «Mediating Generation: the mother–daughter plot» *Art History* Vol. 25, 1, 23–462.

- Torras, Meri (1998), «"El pecado es de omisión": La propuesta feminista de Martínez Sierra/ Lejárraga» *Lectora, Revista de dones i textualitat*, Núm. 3, pp. 81-96.
- Vaiou, D., y Lykogianni, R. (2006), «Women, Neighbourhoods and Everyday Life» *Urban Studies*, Vol. 4, 731-743.
- Ward, J. N. (2000), «Virginia Woolf and psychoanalysis» en *The Cambridge Companion to Virginia Woolf*, Cambridge, Cambridge University Press, 245-272, 2000.
- Woolf, Virginia (1979), «Professions for women» en *Women and Writing*, London, Harvest Book.
- Woolf, Virginia (2004), *A Room of One's Own*, London, Penguin Books.